

Introducción

La anécdota impulsora de esta historia la expliqué, muy de refilón, en un libro anterior que pasó totalmente inadvertido.¹⁵⁴ Merece la pena, por tanto, repescarla para situarla ahora en pleno frontispicio. En una reunión de amigos más bien sesudos en Valldoreix (Barcelona), en casa de un venerable y hospitalario matemático de mi universidad, Carles Perelló, el anfitrión se lamentaba de la falta de fibra, en los catalanes de esta época, para plantearse grandes desafíos en el ámbito empresarial o político. Al hilo de sus imprecisas y solemnes cavilaciones de pronto se preguntó: «Pero ¿qué es el poder? ¿Cuál es la naturaleza esencial del poder?». Comoquiera que aquel extravagante banquete tenía como norma cultivar la impertinencia interrumpí, de inmediato, sus rumiaciones diciéndole que el núcleo del poder era la testosterona.* «¡Menuda estupidez! –replicó claramente ofendido–. ¡Faltaría más que se limitara a un asunto de huevos!»

Al constatar que había tocado, sin querer, un punto muy sensible de la línea de flotación «nacional», añadí que no pretendía insinuar un handicap testicular por parte de los indígenas, ya que estaba convencidísimo de que debía haber tanta variabilidad en la testosterona catalanoide como en la de los vecinos cercanos o más o menos lejanos, pero insistí que la esencia del poder era esa sustancia. Que los análisis filosóficos debían comenzar por ahí si se querían evitar despistes e incursiones espúreas en este asunto. No conseguí ninguna receptividad. Al contrario, Perelló reclutó aliados inclementes que se precipitaron a ridiculizar mi insinuación tildándola de disparate. Como una de las boutades impresentables e indefendibles que frecuento, según parece, con fruición. Y se zanjó el tema sin más discusión.

Mientras me incorporaba a las divagaciones subsiguientes retuve la sensación de que había aterrizado, por casualidad y sin haberlo pensado en absoluto, en una idea fructífera. En una noción quizá provechosa sobre la esencia del poder. Y decidí retomarla algún día. Puede que parezca ridículo que considerara atractiva una noción tan trillada y simplona, pero así fue. Mientras hablaba a borbotones con mis amigos me iba diciendo que una cosa es referirse al volumen de los atributos masculinos (y sus obvias limitaciones, como herramienta explicativa) y otra muy diferente los andrógenos* y sus complejidades y sutilezas. Decidí hurgar en el asunto cuando hubiera alguna ocasión propicia para hacerlo. La oportunidad de indagar con una pizca de seriedad surgió años después: a principios del verano del 2005, la oficina cultural de una conocida entidad bancaria me encomendó una charla divulgativa en un ciclo que querían dedicar al éxito y al fracaso. Acepté sin dilación porque ya tenía un esquema bastante completo sobre cómo organizar un ensayo dedicado a las raíces del poder. Pensé, por consiguiente, que la conferencia («Éxito y cerebro: biología de la victoria y la derrota social», era el título que puse a la charla) me obligaría a revisar y ordenar materiales que había ido reuniendo.

Aquella conferencia impregna ahora varios capítulos del presente libro. Al revisar los vínculos empíricos entre andrógenos y poder, me percaté de que había acertado plenamente en la lejana bouffe de Valldoreix: tenía pistas más

que sustanciosas que demandaban una inmersión a fondo. Puedo avanzar aquí que la testosterona es tan sólo uno de los sutiles componentes del cóctel neuroquímico que enciende y alimenta las contiendas por el poder y el estatus. Eso debería sospecharse de entrada y quedará luego firmemente asentado en las discusiones pormenorizadas que siguen más adelante. Pero hay que añadir, aquí mismo y sin titubeo alguno, que la testosterona es un ingrediente importantísimo e inexcusable en ese cóctel. Probablemente el más relevante en las historias de poder que se traen entre manos los hombres, y también las mujeres.

La química del poder

La tradición exige asociar el poder con la física y no con la química. El primero, el más básico e irremplazable de los componentes del poder, es la fuerza bruta: la potencia y la resistencia muscular, el número de combatientes, la cantidad de armamento, el peso demográfico, las reservas energéticas, la potencia de fuego, la capacidad productiva, la disponibilidad de materias primas estratégicas, y así sucesivamente. Todo eso son parámetros físicos (o, en último término, referibles a propiedades físicas). También lo son el número de clientes, la cuota de mercado, los índices de audiencia y las reservas en metales-patrón, así como otras medidas relacionadas con la capacidad de influencia económica y los poderes que se derivan de ello. Tan vigorosa y exacta es la imbricación con la física, que en la lengua dominante, el inglés, poder y energía comparten el mismo vocablo: power.

La ecuación más conocida de Einstein describe la relación de conversión entre fragmentos de materia y energía desplegable, y ha servido para desvelar unas fuentes de poder antes inimaginables. Pero desde siempre estuvo claro que existen otros semilleros de poder más intangibles y decisivos para el destino de todos, unos vectores de fuerza no fácilmente referibles a parámetros físico-matemáticos. Al Todopoderoso, por ejemplo, se le suponen capacidades que van mucho más allá de las energías disponibles en las palancas, las turbinas, los combustibles, los rayos, los explosivos o la fusión estelar. Se le presupone potencialidad para alterar y dominar esas fuerzas tan formidables. La fe, la convicción, la ambición, el coraje, la valentía, la tenacidad, la perseverancia pertenecen a ese tipo de intangibles, y todas las divinidades dan señales de saber trascender incluso esas propiedades para hacer viables los milagros (¡gobernando a la física, al fin y al cabo!).

Esos intangibles son, precisamente, el tema del libro. Al destacar la relevancia de la química en asuntos de poder no quiero referirme, por descontado, a la inorgánica, ya que desde antiguo ha sido respetadísima y muy utilizada en toda clase de litigios entre humanos. Mi diana preferente será la bioquímica. Es decir, la química de los organismos vivos y su decisiva intervención en las contiendas sociales. Definido así el asunto, los sujetos que interesan en primera instancia son los autónomos con tendencia a relacionarse entre ellos: los que muestran movilidad territorial autodirigida y sufren encontronazos con otros individuos igualmente autónomos. La presente aproximación a la química del poder será, por consiguiente, una incursión a la biología del dominio social, lo cual implica diseccionar atributos estudiados en animales y en humanos. Unos rasgos relacionados con el gobierno del escenario colectivo que ejercen,

por cierto, una fascinación inacabable en los Todopoderosos, en sus agentes principales (los potentados de la tierra) y en todos aquellos, la gran mayoría, que los han de soportar y alimentar.